

El corazón de María es sumergido en un océano de delicias, adora á Jesús, le ama y puede repetírselo sin cesar, sin cansarse de expresarle su amor eterno. Contesten á mi pregunta todas las madres: ¿No es ésta para una madre una verdadera dicha? Pues esta es la dicha de que goza hoy María.—(Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María).

## ARTÍCULO V

### PLATICA XXX

#### NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Del cielo hemos recibido, hermanos míos, la existencia, y al cielo deben dirigirse todas las tendencias de nuestra alma para que lleguemos así al deseado término de nuestra vida terrestre apoyados en la protección de la Santísima Virgen.

Llegaremos sin duda á él si procuramos imitar la resignación admirable que puso en práctica María en medio de las pruebas porque pasó, y si como ella, ó más bien junto á ella, sabemos someter nuestra vida á la fe fundamental de la penitencia.

He dicho la fe fundamental, y creo que este calificativo será considerado exacto por todo el que conozca un poco el evangelio. Este libro santo predica la penitencia desde la primera á la última página. Toda la economía cristiana descansa en este dogma, que no debe ser puramente especulativo, sino que debemos observarlo. «En verdad, en verdad os digo, que si no hacéis penitencia todos pereceréis.»

Siendo, por decirlo así, la piedra angular de la Iglesia, María se sujetó á esta rigurosa obligación, aunque no estaba obligada á ello. Su vida no fué sino una serie de su-

frimientos; sufrimientos que no sólo soportó con paciencia, sino que quiso pasarlos y los aceptó libremente con gozo. Desde el momento en que comenzó su vida de madre de Dios, entrevió el doloroso camino que debía recorrer; y en vez de dudar y retroceder, entró voluntariamente en él, de modo que destruyó de antemano la falsa idea de que los dolores de María no serían otra cosa más que una consecuencia del privilegio de su maternidad, consecuencia necesaria, inevitable, de la que no hubiera podido librarse nunca.

Para animarnos á caminar á nuestra vez en la vía de la penitencia, penosa siempre para la naturaleza, meditemos sobre las huellas que ha dejado impresas en ella María.

En la diversidad de sufrimientos voluntarios ó forzosos que el mundo nos proporciona, los pasamos de todas clases y condiciones; pero los sufrimientos más profundos son sin disputa los de las madres. Todos los demás se calman más ó menos aprisa; los de las madres no se curan nunca y no tienen consuelo. El corazón maternal no se cura jamás de las heridas abiertas en él por el dolor. «No me llames *Noemi*, sino amarga, decía una vez una de ellas, que acababa de perder á sus hijas. No tratéis de consolarme, porque el Señor me ha llenado de amarguras.

Al cantar un día el profeta Jeremías los dolores maternales, sintió inspirada su alma por imágenes brillantísimas: Un día resonó una vez en Roma: *Vox in Rama audita est*. Eran unos llantos y gemidos como nunca se habían oído. *Ploratus et ululatus inauditus*. Era Rachel que lloraba y no quería ser consolada: *et noluit consolari*. ¿Por qué así? Porque sus hijos no existían ya: *quia non sunt*.

Si tal es el corazón de las madres ordinarias; si el dolor abre en él heridas que no se cierran; si viene á ser un santuario misterioso y casi impenetrable, ¿qué no sería,

os pregunto yo, el corazón de María, ese corazón adornado desde un principio de todas las gracias y perfecciones? ¿Cuál no debió ser para un corazón tan delicado y sensible, la inmensidad del dolor que sintió, no sólo al ver, sino al recordar, pues este recuerdo no se borró jamás de su imaginación, los padecimientos de su divino Hijo? Parco es el evangelio hablando de esto y no debe admirarnos su reserva.

Dícese generalmente que los dolores pequeños son los que más ruido hacen, y que los grandes pasan en silencio. Por esto no nos habla el evangelio de los grandes dolores de María. Sólo dos palabras que brotaron de las plumas de los escritores sagrados nos dejan comprender lo que ellos no dijeron.

Si el corazón de María hubiese sido accesible al brillo de la gloria y á la satisfacción del amor propio maternal, si se hubiese complacido en considerar sus grandezas y el porvenir que la esperaba, hubiera sido la más dichosa de las criaturas.

¿No oyó desde un principio los magníficos elogios que le dirigió el embajador celeste? ¿No vió que el cielo se inclinaba ante su humildad, y que le daba en la obra divina de la Redención una parte importante, además de que le reservaba un lugar muy distinguido en los cielos y en la tierra durante la eternidad?

Al venir á ser el Hijo de Dios su propio Hijo, los ángeles hicieron resonar á sus oídos el himno alegre de la libertad: *Gloria in excelsis*. Los pastores fueron á rendirle homenaje y los reyes del Oriente depositaron á los pies de su recién nacido los presentes de su adoración. Cada vez que con la curiosidad propia de las madres levantaba el velo que cubría el rostro radiante de su divino Hijo y se reclinaba sobre su cuna, podía decir: «¡Cuán hermoso es mi hijo, cuán amable es, y cuán grande será en la tie-

rra y en el cielo! Y debió alegrarse mucho más el día que, al entrar en el templo, Ana la profetisa la felicitó por sus privilegios y el anciano Simeón, tomando en sus brazos á Jesús, le levantó hacia el cielo entonando en su alegría un cántico de acción de gracias.

Tales fueron los gozos de María. Mas esperad un poco, y os persuadiréis de que la aurora de su vida no debía tardar en cubrirse de negros nubarrones. El horizonte se cubría y debía estallar la tempestad.

En el mismo templo, el día de la Presentación y después de los primeros cantos de gratitud, pronuncióse una palabra lúgubre que hirió directamente el corazón de María.

El anciano Simeón de quien acabamos de hablar, descubriendo el porvenir de María, dejó escapar de sus labios esta profecía cruel: «Este es puesto para caída y para levantamiento de muchos de Israel; y en cuanto á ti, mujer, una espada traspasará tu alma.»

¡Qué terribles fueron estas palabras para María! ¡No pudo estar contenta desde ese momento! Clavada está la espada en su corazón y la atormentará, y las heridas que ha recibido son incurables. Al contemplar el hermoso rostro de su Jesús, se le presenta desde luego el porvenir lleno de sangre y de tormentos. Al acariciar con sus manos las tiernas manos del Niño, se le presentan desde luego los clavos que las han de traspasar. Al besar con sus maternales labios la frente virginal y divina de su Hijo, mira á pesar suyo la coronación de espinas, y las gotas de sangre que hacen brotar envenena la ternura de sus besos.

¡Cuán sombríos son los días que pasa María!

No se ha apurado aun el cáliz de amargura. La espada del anciano Simeón ha permanecido durante treinta años clavada en el corazón de María, y ha llegado el mo-

mento en que profundizará todavía más en su corazón, que acabará por traspasar.

Ya no gime bajo el peso de los temores y presentimientos. Ha sonado ya la hora de los hechos. El evangelio, que guardó tanta reserva con respecto á la Santísima Virgen, no la guarda ya. Nos la presenta, pero en el Calvario. No la vimos ni el Thabor, teatro de la transformación gloriosa, ni en las calles de Jerusalén cuando el pueblo aclamaba á su Hijo cantando: *Hosanna, filio David*. Mas subamos al Calvario y allí la hallaremos en pie junto á la Cruz de su Hijo. Se hizo presente en el lugar horrible de la inmolación de su Hijo, exponiéndose á todos los ultrajes y recibiendo ella también en su corazón los golpes que enclavaban á su Hijo en la cruz. Cuando tendida estaba ya la víctima en el árbol santo, pudo muy bien decir María á todas las generaciones presentes y futuras desde el pie de la misma cruz: ¡Oh vosotros los que pasáis y véis, decid si habéis visto un dolor igual á mi dolor! *Vos omnes qui transitis, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*.

Jamás igualará otro dolor el dolor de María. Los mártires han sufrido mucho más de lo que podemos imaginarnos; pero María fué la reina de los mártires. La Iglesia le ha dado este título, y los pueblos católicos han tributado homenaje á los sufrimientos de María dándole el de Nuestra Señora de los Dolores y levantando magníficos templos que bajo esta advocación le han dedicado.

La vida de la Santísima Virgen no fué más que un prolongado martirio; y sin que hagamos mérito de que vivió en la pobreza, que la acompañó en su viaje á Egipto, ni de los sufrimientos que pasó cuando perdió á su Hijo, ni del trabajo vulgar que desempeñó siempre personalmente en el cuidado de su Hijo divino. Esto debe servirnos de ejemplo para que los que aspiramos á ser hi-

jos de María no nos afanemos tanto por las riquezas, las comodidades, los placeres y los goces de este mundo. Amemos las privaciones, recibamos con resignación la miseria y los sufrimientos y aceptemos las pruebas que Dios nos mande. La penitencia en la tierra es lo que más nos asegura la felicidad eterna.

Roguemos á la Virgen que nos haga conocer esta verdad y nos dé voluntad para practicarlas.

Oh Santísima Virgen de los Dolores, ruega por nosotros.—ASÍ SEA.